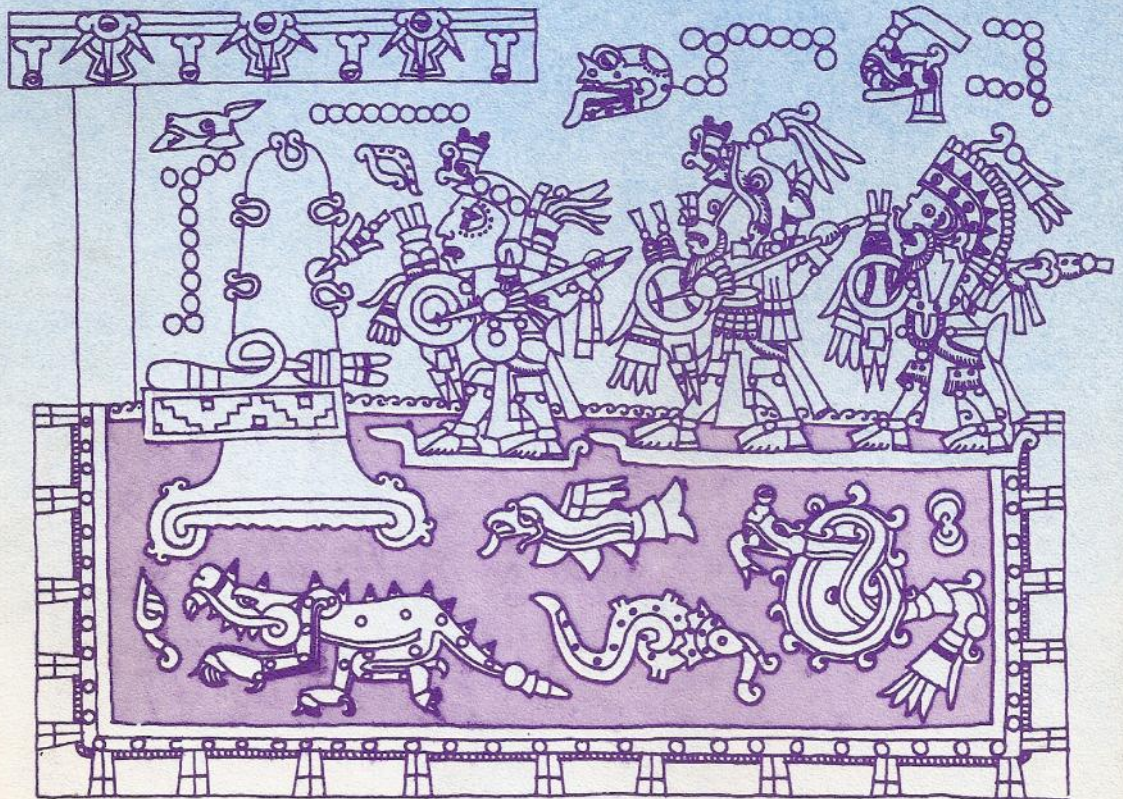


# David y Goliath

Boletín CLACSO

Año XIV, Nº 46 - Enero-Diciembre de 1984 - ISSN 0325-0431



La imagen de tapa reproduce un fragmento de códice procedente de la "Mixteca Puebla".

---

## Sumario

---

Editorial	1
Advertencia	2
Fernando Calderón, nuevo Secretario Ejecutivo de CLACSO	3
Nuevos miembros del Comité Directivo de CLACSO	3
Movimientos sociales y participación popular	5
Cultura política y democratización, <i>por Norbert Lechner</i>	21
El sindicalismo latinoamericano: propuestas de temática de investigación, <i>por Guillermo Campero</i>	29
Los intelectuales entre la sociedad y la política, <i>por Waldo Ansaldi, Fernando Calderón y Mario R. dos Santos</i>	33
Plan de Trabajo de CLACSO para el bienio 84/85	39
Diez años después, <i>por Louis Emmerij</i>	46
Las relaciones Norte-Sur: el desafío de la hora, <i>por Enrique Oteiza</i>	48
Centro Paraguayo de Estudios Sociológicos: dos décadas de silenciosa labor	49
Comentario de "Las ciencias sociales en busca del tiempo" de Abdelwahab Bouhdiba, <i>por Cristina Miceli</i>	50
Comisiones y Grupos de Trabajo	51
Actividades extrainstitucionales	53
Reseñas bibliográficas	58

---

Waldo Ansaldo  
Fernando Calderón  
Mario R. dos Santos \*\*

## Los intelectuales entre la sociedad y la política \*

*\*Este artículo fue preparado para el V Seminario de Estudios Latino-Americanos, organizado por el Curso de Pós-Graduação em Antropologia, Política e Sociologia de la Universidade Federal de Rio Grande do Sul y CLACSO, dedicado al tema Intelectuales y Sociedad. Tuvo lugar en Porto Alegre los días 22 al 24 de agosto de 1984.*

### Introducción

Las modalidades de la relación de los intelectuales con la política y con la sociedad han permitido tipificar a aquellos, clasificarlos, explicarlos, condenarlos o ensalzarlos. Se trata de una doble relación que siempre ha existido, si bien análogicamente es advertible cómo en distintos momentos y circunstancias se privilegia uno u otro de los polos de la relación o estos últimos son definidos o tomados de distintas maneras.

Por ejemplo, se ha pensado a los intelectuales explicitando el polo de la política en tanto poder del Estado, viendo su especial articulación respecto de él.

Hoy mismo, el debate recoge ese antecedente, si bien ampliando los alcances del mismo paralelamente a la resignificación de la política, entendida cada vez menos centripetamente localizada en el Estado.

También tiene cierta data la reflexión sobre la forma en que los intelectuales se ubican en la sociedad, viendo ésta en tanto estructura de clases que da o no cabida al agrupamiento social que ellos formarían o a esa "nueva clase".

En un trabajo reciente de José Joaquín Brunner y Angel Flisfisch,<sup>1</sup> se puede hallar un rastreo de estos intentos, a los que sólo aludimos aquí. En realidad nuestra reflexión apunta a los cambios en el papel social de los intelectuales, en su naturaleza, en función de las grandes mutaciones sociales experimentadas por nuestros países durante estas últimas décadas, acompañadas

asimismo por cambios en sus regímenes políticos, especialmente en los procesos de apertura política —o más positivamente— de democratización.

Lo que está claro es que tales relaciones han sido particularmente intensas y cambiantes en América Latina. Los condicionantes de ello han sido los distintos momentos político-intelectuales vivenciados (esquemáticamente los del nacionalismo, la modernización, la democracia); las peculiares relaciones que los intelectuales han mantenido con el Estado y los partidos (acordémonos de los consejeros del príncipe en sus versiones modernas y de los llamados intelectuales colectivos); y la propia identidad social y nacional. En esto último están implicados no tanto el origen social de los intelectuales sino sus ligazones con el cotidiano devenir popular.

Todo esto cobra sentido en las prácticas intelectuales para producir o reproducir las culturas, lo cual nos lleva a la diversidad y heterogeneidad de esas prácticas.

Otro elemento que vale la pena destacar es el papel de intermediación que cumplen los intelectuales entre la sociedad y la política.

\*\* Los autores de este trabajo integran la Secretaría Ejecutiva del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), institución que, por añadidura, está involucrada en la organización del seminario en el que él fue presentado. No obstante, las opiniones aquí sostenidas no implican ninguna posición institucional: ellas sólo expresan el parecer de los autores, en tanto científicos sociales y no por su condición de funcionarios. Se trata, en realidad, de un ejercicio realizado con la intención de superar, precisamente, los riesgos de burocratización que encierra la práctica de gobierno de un organismo internacional, más allá o a pesar de su condición de institución de ciencias sociales. Como resultado de tal ejercicio, el texto debe considerarse una reflexión preliminar sobre el tema y, en consecuencia, como aproximación al debate.

<sup>1</sup> Brunner, José Joaquín y Flisfisch, Angel, *Los intelectuales y las instituciones de la cultura*, FLACSO, Santiago, 1984.

## Artículos

tica y viceversa, ya que en definitiva su accionar se da en el espacio de la significación de los conflictos y las armonías sociales.

Desde la perspectiva sociológica, el condicionamiento social del conocimiento y de la práctica que de él emerge constituyen los parámetros sobre los cuales se desarrolla la actividad intelectual; y así según los intelectuales reconozcan o no su inserción y práctica social o, para decirlo de otra manera, según su conciencia de inserción en los conflictos sociales, será la mayor o menor conciencia de la relación entre su actividad y la política. Si se prefiere, puede decirse también el camino de acercamiento a la práctica política diferenciada de la actividad intelectual.

No obstante, esta relación teoría-práctica-constitución sociológica no es mecánica; es muy diversa y compleja y plena de antagonismos. En algunos casos la relación tiende a fragmentarse, en otras, a integrarse.

La práctica intelectual puede ser más o menos autónoma, o más o menos dependiente de acuerdo con los condicionantes ya narrados. Tenderá a ser más autónoma en situaciones autoritarias, donde la actividad intelectual está condenada desde el poder a desaparecer o a mantenerse distante de la sociedad. De allí un mayor sesgo teórico. En cambio, en momentos de transformación y/o democracia, el intelectual es requerido por la sociedad y por la política, que le organizan su cotidianeidad y lo vuelven más concreto.

Desde la actual perspectiva europea, como bien replantea Buci-

Glucksman, la cuestión de los intelectuales y el Estado debería enfocarse a partir de la estrategia de transformaciones en "Occidente"; es decir, desde la "política de posiciones".<sup>2</sup> Esta perspectiva ha llevado a una serie de oposiciones en el campo teórico y político y a diversas apropiaciones del pensamiento gramsciano, que generalmente giran en torno de la polémica socialismo-democracia,<sup>3</sup> sin embargo, todas esas posiciones tienen como referente permanente el peso de la sociedad civil en el Estado.

La cuestión que se plantea en América Latina, como dijimos, reside en poder situar el análisis de los intelectuales a la luz de las diversas transformaciones de la economía, del Estado y sobre todo de la propia sociedad. Podríamos decir también que la cuestión general es la de la relación entre la sociedad, los intelectuales y el Estado (o quizás, mejor, la política) poniendo énfasis en la modificación que sufre esa relación en momentos claves y fundamentalmente teniendo como base la inestabilidad de las sociedades latinoamericanas.

Una reflexión que vaya en esta dirección deberá abordar la temática del intelectual como productor de cultura (restringiendo el análisis al que trabaja en ciencias sociales) y con el problema de si ello implica concebirlo como productor de hegemonía (su papel es siempre la búsqueda de consenso). Por el camino de pensar su actividad como búsqueda de consenso se puede llegar a concebir a ésta como actividad política pero, ¿eso quiere decir que se descrea de la autonomía de un campo intelectual, si bien comprometido con el destino de la sociedad? La cuestión central de las tensiones entre libertad

y/o necesidad nacional no puede soslayarse en este contexto.

A partir de ahí se impone distinguir entre distintos tipos de intelectuales; lo cual en la región adquiere especial complejidad, que tiene relevancia para la construcción de las ciencias sociales en Latinoamérica. Piénsese al respecto en la dificultad aumentada en nuestras sociedades para que los "sectores subalternos" cuenten con intelectuales que los representen (aceptando que cada sector llega a poseer sus propios intelectuales).

Teniendo presente la diversificación de los tipos de intelectuales, habrá que profundizar sobre la afirmación de que existe una relación entre la dependencia y la imposibilidad de crear hegemonía o consenso. La cuestión nacional y la problemática de la unidad nacional aparecen así como cuestiones privilegiadas. Lo referido a que la mayor o menor conciencia del intelectual sobre la relación entre su actividad y la política depende de su inserción en el conflicto social, deberá entonces retomarse enriqueciendo el planteo con la carencia de proyectos nacionales en marcha en la región.<sup>4</sup>

<sup>2</sup> Buci-Glucksman, Christine, *Gramsci et l'Etat*, Editions Fayard, París, 1975, págs. 40-53.

<sup>3</sup> Cfr., por ejemplo, Ricci, Aldo, "Hegemonía y Democracia" en *Crítica y Utopía*, núm. 2, Buenos Aires, abril 1980, págs. 102-118.

<sup>4</sup> Para pensar esta cuestión en términos de una distinción de los intelectuales en legítimos y críticos, véase Benjamín Oltra, *Una Sociología de los intelectuales*, Vicens, Barcelona, 1978, págs. 47-48.

### La política en las sociedades dependientes

Definirse en función de un Estado débil, casi "gelatinoso", en el marco de una sociedad civil poco estructurada y una sociedad política reinante en cierto vacío ha sido algo propio y recurrente de la acción política en América Latina, lo cual generalmente daba por resultado acciones políticas de naturaleza antagónica.

Sin discutir aquí la validez de tales afirmaciones, nos parece que hoy, dados los procesos de las sociedades latinoamericanas, y a pesar de la persistencia de la condición de dependencia, las grandes transformaciones sociales, políticas y culturales de los últimos 40 años, acompañadas por una mayor integración a nivel mundial, han desarrollado de maneras peculiares —más en algunos lugares que en otros— la sociedad civil, lo que de alguna manera tiende a producir un cambio en la forma de acción política. Por este cambio, y aunque no se superen las modalidades del antagonismo, tiende a reconocerse un campo de oposiciones conflictivas a resolverse más por la vía de la legitimidad que de la violencia minoritaria.

Cualesquiera que sean las orientaciones políticas predominantes en la sociedad, en cuanto a las posibilidades de desarrollo de la diversidad de los intelectuales, importa en última instancia siempre el marco de la sociedad civil y de los sistemas democráticos. Lo contrario nos llevaría a inhibir la misma naturaleza de la actividad intelectual. Sabemos que el desarrollo intelectual está intrínsecamente unido al conflicto, a la crítica y a la libertad. (El conocimiento requiere la confusión, como podría decirse para

fraseando a J. Piaget.)

Desde esta óptica la cuestión se presenta más compleja. El problema radica en comprender las formas de combinación y desarrollo desigual en y entre la "sociedad civil y la política", que varían, entre otros factores, de acuerdo con cada "situación de dependencia", con la fuerza de los movimientos populares, con la capacidad y alcance político de las burguesías locales, con la historicidad y formas opuestas de las relaciones sociales y sobre todo con el carácter y desarrollo de la unidad nacional y cultural. En el contexto y en términos provisionales se puede hablar en las sociedades dependientes de formas estatales "regresivas y progresivas".<sup>5</sup> En el primero de los casos tendería a privar la "sociedad política" y en el segundo, la "civil", cuyos contenidos estatales tienen referencia a formas autoritarias de dominación, o a formas populistas, democráticas, o nacional-populares. En realidad, por estas formas estatales han atravesado, de una u otra manera, con mayor o menor intensidad, los diferentes países de América Latina y actualmente incluso tienden a expresarse en "bloques sub-regionales". Ejemplos clásicos de desarrollo de "sociedades progresivas" con fuerte participación de movimientos populares y nacionales serían la revolución boliviana de 1952 y la experiencia democrática chilena de los años setenta. Teóricamente, las fases de equilibrio entre las sociedades "civil" y "política" en América Latina no sólo tienen relación con el desarrollo de formas políticas de acción, sino también con el problema nacional y popular o el surgimiento del nacionalismo y del burocratismo de Estado y en definitiva con la debilidad per-

manente de las clases dominantes para generar sociedades integradas o "bloques históricos" estables. Consiguientemente, los sistemas políticos son parciales e inestables, y las formas de Estado transitan de una situación a otra de manera crónica, acumulando antagonismos y reproduciendo formas sociales de explotación.<sup>6</sup> Sobre estas condiciones se desarrollan las diferentes funciones de los distintos tipos de intelectuales en América Latina.

Al respecto nos parece importante destacar este planteo sobre la universalización de la sociedad civil —entendiendo por tal el mayor peso relativo de la sociedad civil en los procesos progresivos a nivel nacional e internacional— y sobre las características de este fenómeno en las sociedades periféricas, situación que aparece a despecho de la persistencia de formas totalitarias estables. Aún en las peores manifestaciones de éstas (por ejemplo, la Argentina de los años 1976 a 1982) se aprecia la aparición y consolidación de nuevas organizaciones en el seno de la socie-

<sup>5</sup> Estos conceptos están inspirados en las nociones de Gramsci de cesarismo "progresivo y regresivo"; cfr. Gramsci, Antonio, *Notas sobre Maquiavelo, la política y el Estado moderno*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1975, págs. 71-75. Ver también Buciglucksman, Christine, *Gramsci et l'Etat*, ob. cit., págs. 256-361. En el primero de los casos se hace relación a cambios en la naturaleza del Estado; ambos nacen además de cierto "equilibrio catastrófico" de fuerzas opuestas.

<sup>6</sup> Esta perspectiva debe estar complementada por los diversos procesos de acumulación de capital a escala nacional y mundial a la cual están sometidos los países periféricos, respecto de los cuales la literatura sociológica y económica es numerosa.

## Artículos

dad civil, que progresivamente van ganando un decisivo espacio en disputa con la "sociedad política": es el caso, *v.gr.*, de las "Madres de Plaza de Mayo" en Argentina, o de diversas organizaciones intermedias en la mayoría de los países latinoamericanos, cuyas reivindicaciones abarcan una amplia gama: desde éticas hasta sectoriales.

### Los intelectuales y las formas de Estado

La sociedad civil y la sociedad política, o la presencia de un Estado basado en la fuerza y otro en el consenso no existen en forma pura. En las sociedades dependientes, dada la incapacidad de generar dominaciones integrales, se produce una especie de "equilibrio contradictorio" entre las dos formas de Estado, con distinto énfasis e intensidad de uno u otro aspecto, según sea la situación histórica y social de dominación.

En este sentido, la formación de bloques históricos es limitada o parcial, donde la estructura y más particularmente la consistencia de relaciones de producción capitalista y "no capitalista" y la misma "situación dependiente" se reflejan a un doble nivel. A nivel del poder del Estado, restándole homogeneidad al compromiso social dominante, y al nivel de los actos ideológicos de los aparatos de Estado, que no pueden ser lo suficientemente expansivos en la creación de consenso y de legitimidad. **Esta dinámica no afecta solamente los procesos de reproducción integral de la sociedad sino también los procesos de transformación.** La heterogeneidad de las clases sociales y de las nacionalidades en América Latina se expresa en

la existencia de una gran variedad de intelectuales; incluso en algunos países, como los andinos, las situaciones son extremadamente complejas, en razón de su heterogeneidad estructural y superestructural. Por ejemplo, el pluriculturalismo histórico en dichas sociedades y la recreación permanente de movimientos étnico-culturales permiten, por un lado, que se formen nuevos intelectuales indigenistas y, por otro, que el Estado busque, bajo múltiples caminos, absorber estos movimientos e ideologías.

En gran medida la mayor o menor diversidad y coherencia nacional de los intelectuales está dada por el mayor o menor desarrollo desigual de la cultura y la economía, y por el grado de identidad de éstos con el pueblonación; de esta manera, las relaciones de los intelectuales con el Estado son muy asimétricas y varían según las formas de dominación "regresivas" o "progresivas".

En este artículo sólo se analizarán cuatro formas de relación, la de los intelectuales tradicionales o de la oligarquía, la de los "modernos", la de los llamados "intelectuales orgánicos" y aquéllos de la democracia.

La época de oro de los intelectuales tradicionales en América Latina se situó en los años de la dominación oligárquica, donde buscaban cumplir, en gran parte de los casos nacionales y a partir del Estado, una serie de roles integradores entre las clases dominantes agrarias, las minero-exportadoras y el resto de la sociedad, pero a partir de una estructura cerrada y elitista que los separaba radicalmente del pueblonación sobre todo si éste era indígena. Esta práctica intelectual era producto de una referen-

cia heterónoma con un grado mínimo de autorremisiones. Los intelectuales "modernos" o de la nueva tecnocracia latinoamericana nacieron a la luz del desarrollo de las nuevas empresas industriales, del progreso tecnológico y del desarrollo y participación directa del Estado en la producción, lo que implicó la ampliación del personal burocrático y de los aparatos de dominación del Estado, pero también de un fuerte impulso económico privado. Estos intelectuales poseen ahora un rol nuevo más complejo y más fuerte que el de los tradicionales (a saber, de crear consenso integrando las especializaciones y la política, lo cual, de manera general significa construir legitimidad política usando la técnica y la ciencia). La gama de grupos asimilables a este modelo es tan amplia que en el pueden incluirse desde los Chicago boys, pasando por técnicos progresistas de la CEPAL, hasta intelectuales marxistas.

Estas dos clases de intelectuales, con muchas formas de combinación y presentación, coexisten en las sociedades dependientes, tendiendo a predominar en los "Estados regresivos" la asimilación orientada por los intelectuales tradicionales y los modernos que buscan legitimar un orden predominantemente impuesto, fenómeno comprensible si se piensa que el dominio de la sociedad se mantiene fundamentalmente por la fuerza, por el poder de la coacción y el culto al orden. Aquí el "centralismo burocrático" propio de estos Estados reduce el campo de los intelectuales modernos a las funciones especialistas o técnicas (tradicionales + modernos) — función política de los modernos). La dominación "regresiva" impide materialmente un acerca-

miento al pueblo por parte de los intelectuales y éstos cada vez están más separados del "pueblo-nación".

En el caso de los "Estados progresivos" la asimilación está orientada por los intelectuales modernos en sentido amplio; éstos buscan crear a la vez, por la vía de la legitimidad y por la vía de la técnica-ciencia sistemas hegemónicos más o menos estables y avanzados y no sólo se limitan a su rol de especialistas sino que también esperan ser dirigentes.

Posiblemente estos intelectuales responden a intereses más amplios. A pesar de esto los intelectuales se debaten en un círculo vicioso, entre la necesidad de crear estabilidad y el hecho de no poder concretarla en razón de las mismas condiciones dependientes de las sociedades; es decir, si bien es factible encontrar consenso en momentos de transición o cambio político, resulta muy difícil lograrlo en un largo plazo. Esta dificultad derivaría tanto de la condición dependiente de nuestras sociedades y particularmente de las clases dominantes, como de las vicisitudes de nuestra historia (con su incidencia en cuanto a aspectos organizativos).

En tales condiciones la capacidad real de crear sistemas políticos estables es limitada, parcial y en la mayoría de los casos muy débil. Uno de los aspectos más sobresalientes de esto es que la búsqueda de estos intelectuales en las sociedades dependientes marcha hacia fines paradójicos, pues en la medida en que los sistemas políticos tienden a "abrirse", la sociedad civil y sobre todo el movimiento popular, con sus respuestas y demandas tienden a bloquear dicha apertura si no participan plenamente en ella. Posiblemente aquí radique una

de las explicaciones más sugerentes del peso político en la sociedad de las capas medias, especialmente de aquellas con presencia institucional y orgánica a nivel nacional, sobre todo en las sociedades de débil unidad nacional. De esta manera la cuestión de la unidad nacional está íntimamente ligada a la mayor o menor homogeneidad político-moral de los intelectuales, siendo más limitado el rol de estos en los "Estados regresivos" y de débil unidad nacional y más amplio y creativo en los "Estados progresivos" y de mayor unidad nacional.

Los intelectuales colectivos o los que se pretenden de las clases subalternas intentan absorber a los modernos y tenderían, de ser orgánicos, a cumplir una función cualitativamente diferente de la de los otros intelectuales. Los llamados intelectuales colectivos, ligados a los partidos políticos, de gran heterogeneidad ideológica, han tenido un peso significativo en la historia política y social de América Latina. Hoy, su grado de desarrollo y sentido está condicionado por:

- a) su inserción y representatividad social;
  - b) la superación que logran del doctrinarismo genérico proveniente de un pasado "dogmático";
  - c) su formación y estructuración democrática partidaria;
  - d) sus formas culturales de articular fines y medios políticos.
- La función de estos intelectuales se encuentra fuertemente condicionada por la forma política del Estado. Así, si el momento histórico es de mayor dominación, menor tenderá a ser el peso y el desarrollo de dichos intelectuales. En este sentido, en los momentos de coacción el intelectual tiende a hacerse más teórico y su práctica orgánica más limitada.<sup>7</sup> Su campo de acción, al igual que

el del resto de los intelectuales, se ubica en la sociedad civil. Por el contrario, si el momento histórico favorece a las fuerzas del consenso y la dominación es menor, mayores serán las posibilidades de desarrollo del trabajo intelectual y de su organicidad; pero también mayores serán las posibilidades de absorción ideológica por parte del Estado integral.

Para el Estado los intelectuales son definidos, en el primero de los casos, los regresivos, como "condenados" y en el segundo, como "adaptables"; de todas maneras sus funciones están condicionadas por la fortaleza, la homogeneidad y la autonomía de las clases subalternas mismas. Lo anteriormente expuesto lleva a los mismos intelectuales a plantearse la discusión de las formas prácticas y teóricas de integración, combinación y énfasis entre las formas de acción política y las éticas que dichas combinaciones demandan, lo que en alguna medida sitúa nuevamente el problema en términos de la proposición moral weberiana sobre la política: dado que el fin no justifica los medios y por lo tanto no toda política es justi-

<sup>7</sup> Gerratana, en el prólogo de los Cuadernos, explica esta condición humana. "Era necesario escribir, no para un público inmediato, para alcanzar efectos inmediatos, sobre argumentos condicionados por circunstancias externas inmediatas, sino para lectores imaginarios presuntivos, sin saber si ellos llegarían a encarnarse, y cuándo, en lectores reales. La elección de los argumentos, y en primer lugar del "plan" de la investigación, tenía que estar desvinculada de los límites de lo inmediato y no podía más que brotar de un esfuerzo de profundización teórica de toda su experiencia". Gerratana, Valentino, "Prefazione a Antonio Gramsci", *Quaderni del carcere*, Giulio Einaudi editore, Torino, 1975, pág. 17.

---

## Artículos

---

ficable, resulta necesario articular fines y medios dando cabida a la democracia como forma de combinar la necesidad de cambio social con la libertad.

La cuestión de los intelectuales y su práctica en las sociedades dependientes, no sólo expresa los grados de identidad y oposición entre unas clases y otras, unas formas de Estado y otras, sino que también dichas prácticas son parte viva de dos momentos distintos, de intervención y legitimidad, de invención y alternativa.

Finalmente, los intelectuales democráticos, como se insinuó antes, tienen un campo de acción política natural en el reconocimiento de los adversarios, del conflicto y de la crítica como forma de construcción social y de autoconstrucción.

La cada vez mayor heterogeneidad de nuestra estructura social es la que condicionó fuertemente el surgimiento de este nuevo tipo de intelectuales que refleja e incorpora en sí tal heterogeneidad. Esto está ligado con la revalorización de la política y con la crítica de los intelectuales monopolistas de la verdad, de la razón y del destino. El problema que enfrentan es el siguiente: deben potenciar en su comprensión las experiencias pasadas de democracia social y cultural de las masas populares, sus tradiciones, etc., pero en realidad están más expuestos y son más permeables a las influencias de la discusión europea que a las propias tradiciones y experiencias culturales de América Latina.

La figura del intelectual democrático parece relacionarse con la racionalidad de la dinámica social en lugar de referirse únicamente a la dinámica del poder. A diferencia de aquella lucha fundamentalmente ideológica dada

contra los grandes intelectuales legitimadores, en el campo de la cultura oficial (con predominio como dijimos del problema del poder), el esfuerzo que realizan es por la construcción de consenso. Habría pues una socialización de la función intelectual derivada del perfil mismo del intelectual democrático. Y como se mencionó ya, existe una base estructural de esta figura pues los cambios sociales los han creado y diversificado, aunque tal diversificación sólo puede cobrar sentido en la democracia.

Ahora bien, el grado de socialización de la función intelectual (que todos lo sean en el sentido originario de gestadores de cultura) pasa por la relación con el sistema político; de ahí el apoyo a la democracia por parte de la diversidad de las figuras de intelectual.

No obstante, aun en la democracia, el Estado tenderá a institucionalizar y a asimilar la diversidad, regulando en función de su reproducción la ampliación y el procesamiento de la misma o su congelamiento.

En esta situación la problemática de la gestación de consenso se vuelve compleja, pues logrado el primer paso de la transición al Estado de derecho, se instala la tensión entre la labor de creación de consenso para la transición y la práctica crítica, necesaria para una gestión democrática integralmente progresiva, pero amenazante de la estabilidad.

Podemos terminar estas reflexiones preliminares pensando en la perspectiva de abrir una serie de interrogantes sobre la función de los intelectuales en este marco, donde están presentes múltiples solicitudes y la capacidad de pensar y de actuar sobre la sociedad fundándose en la práctica científica se enfrenta a una his-

toricidad no demasiado permeada por el conocimiento. No obstante, los procesos de transición son momentos de grandes consensos en las mayorías, y ello puede estar afectando positivamente a capas intelectuales, más allá inclusive de lo que lo hacen las diversas formas de Estado.

